

103

SALA URUGUAY

Carlos Martínez Vigil

De actualidad

ADQUISICION
CARLOS MARTINEZ VIGIL
Biblioteca Nacional
1961

Reproducimos a continuación el notable artículo que el actual Intendente de Montevideo, don Daniel Muñoz, escribió en las columnas de *La Razón* en Marzo de 1888, mientras se discutía en la H. Cámara de Representantes, el proyecto de ley prohibitivo de las corridas de toros.

Este tr bajo, como todo lo que produce el fecundo ingenio del castizo, clásico y brillante escritor, fué llamado á repercutir hasta en la prensa española, mereciendo los más sinceros elogios.

PETRUS.

Una ley, por una cornada

El día 26 de Febrero del año de gracia que corre, el toro «Cocinero», de la ganadería de don Felipe Víctor, y tercero de la tarde, dió una cornada al primer espada de la cuadrilla Joaquín Sanz (a) Punteret, á consecuencia de la cual murió el diestro dos días después, víctima de una peritonitis según unos, de tétanos según otros, pero indiscutiblemente de resultas de lo que el cuerno hizo, ó más bien dicho, deshizo, en el cuerpo del malhadado matador.

Y porque tal aconteció, un día después se alzó en el sagrado recinto de las leyes, una voz que dijo: «Que se abo-
«lan, ó se abulan, ó se abuelan las corridas de toros!»
Hubo apoyados, se destinó el asunto á la Comisión correspondiente, y esta es la hora en que sobre el arte taurómico pende, á manera de aquella famosa espada colgada de un cabello, un informe tan contundente como la histórica tizona, que, para fortuna del amenazado nunca cayó, y es de esperarse que tampoco caiga esta vez, porque el pelo tiene fuerza y no se reventará; Dios y los votos mediantes.

Toda la gruesa terminología de la horripilación ha salido ayer á luz, para fulminar las corridas de toros.—Espectáculo bárbaro!—Atentado contra la civilización!—Rezago de costumbres sanguinarias!—Ejemplo corruptor para los pueblos!—Escuela de barbarie!—Cátedra de

So 6V 1107 M9

ignominia! — Teatro de immoralidades! — ¿Qué más? Hasta el acicalado y pulido hombre de sociedad y de letras don Nicolás Granada, ha encontrado en su aljaba dardos de punta para asaetear el abominable espectáculo.

Y todo esto porque murió el Punteret!!!

Es de deplorarse, no lo niego, pero no hay en el hecho razón para decretar el exterminio de las fiestas taurinas, porque, por esa pauta, habría que abolir otras mil costumbres y pasatiempos en que muere mucha más gente que en la lidia de toros.

El accidente del Punteret fué casi un suicidio, como lo sería, el abocarse á la sien una pistola cargada aún sin ánimo de disparar el tiro. Basta entender medianamente lo que es el toro, para darse cuenta de que aquello, con ajuste á las reglas del arte no debió de suceder. El matador se ensartó en el cuerno como se estrella un albañil contra el suelo al pisar un andamio flojo. Culpa de su imprudencia fué la desgracia, y no del pobre animalito, que, en definitiva no hacía más que ejercer su legítimo derecho de atacar cuando le acosaban.

«Cocinero», era un toro «quedao», como se dice en la jerga, y que salió del brete como si saliera de la escuela, sabiéndose ya de memoria lo que le iba á suceder, como acontece con la mayor parte de los criollos de la ganadería de Víctora: á los que les tientan el pelo dos ó tres días antes de la corrida, para saber si hacen por los caballos, de modo que el toro ya rejoneado en el corral, queda escamado y no embiste sino después de medir bien el golpe.

Salió tan alegre «Cocinero», y con tantos pies del chiquero, que al Serranito se le hizo bueno para saltarlo de garrocha. Dos veces lo citó en los medios y otras tantas se arrancó el toro con tanta voluntad, que parecía iba á estrellarse en las barreras, pero no bien el chulo armaba la percha para dar el salto, el animal se plantaba sobre los cuatro remos, y en seguida de medir el bulto, de nuevo se arrancaba, rascándole en la embestida las zancas al banderillero, que libró el pellejo merced á ser ligero como un gamo y saltador como una langosta.

Hubo que renunciar á la suerte, y el toro entró á varas tan receloso é intencionado como ya se mostrara, no embistiendo sino cuando podía colarse sorteando la puya como un tirador de florete esquiva la punta del acero de su adversario.

Pasó á banderillas «Cocinero», un entrero como había salido, y para aplomarlo, Ecijano y el diestro señalaron una capa cada cual por una de las puntas. Señalaron á pe-



sarlo citándolo, muy en corto. Dos veces hizo el toro por el trapo ciegamente, pero á la tercera, en vez de acudir al trapo engañoso, miró los bultos y eligiendo al Ecijano, le dió un acosón tal, que por poco lo estrena.

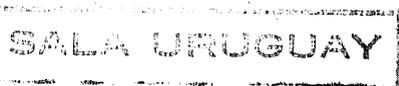
Aquel toro de capa muy aplaudido por el público, fué aguijón para el amor propio de Punteret, quien deseoso de recoger algunas palmas de la cosecha, decidió poner banderillas sentado. Le arrebató á Pepete el par con que ya alegraba al toro, pidió una silla cuyo respaldo se descabrió al cogerla, y la colocó tan malamente, que se puso dentro de la jurisdicción de la fiera, es decir, dentro del radio en que el animal engendra la carrera, y no dá por consiguiente tiempo á hacer el cambio.

Para todos los entendidos en la manera cómo se producen las suertes, era evidente que Punteret sería cogido en cuanto el toro hiciese por él. Podría del accidente resultar un hocicazo ó un varetazo sin consecuencias, pero era indiscutible que el animal arrollara al hombre. Y más claro se presentó el caso previsto cuando el toro no remató la carrera enjestrada de primera intención, sino que al ver que el blanco de su ataque se removía, se quedó, y ajustándolo entonces muy de cerca, dió una embestida antes que el diestro pudiese hacer uso de las piernas, que para mayor lucimiento de la suerte, y demostración de serenidad, había cruzado.

No hubo más que ver. El torero quedó tendido á lo largo como cuerpo muerto. y el toro hubo de hacerle pedazos allí mismo, pues se revolvió con furia para recargar; solo, que como la silla sobresalía más del suelo que el torero caído, con el mueble la emprendió, dejando al hombre. y en seguida los chulos lo alejaron con los capotes, dando tiempo á que otros compañeros levantasen al herido.

Así murió Punteret, tontamente puede decirse, pues nadie le obligaba á hacer aquella suerte, ni el toro se prestaba para ella, ni el público se lo exigía, ni estaba en el programa de la tarde.

He narrado el caso, porque no he visto que se hayan detallado los antecedentes que lo explican, y que demuestran que más que como consecuencia natural del toro, fué la desgracia, hija de la imprudencia del diestro, que demostró no serlo en esa ocasión, al intentar una suerte con una res que no tenía condiciones, pues para todo lance de cambio á cuerpo limpio y gentil, se necesita un toro claro, sin recelos, ni malicias, de esos que una vez que enjestrán el ataque, lo rematan en las tablas por ser el primer obstáculo en que tropiezan.



Pero, suprimir por eso las corridas de toros, sería como abolir los juegos acrobáticos porque un volatín resbaló del trapecio, ó prohibir la caza porque á un alicionado le salió el tiro por la culata dejándolo tieso en el sitio, y no han de dictarse leyes todos los días en previsión de la imprudencia de unos, de la impericia de los otros, ó de la torpeza de los demás.

De bárbaro nada tiene el toreo, porque todo en él es arte, y el arte está refido con la barbarie. Si para algunos no resulta artístico el espectáculo es porque no lo entienden, como no es arte la música para los que no saben oirla. Con perdón de los abolicionistas, es el salvajismo de la ignorancia el que pretende hacer salvaje un espectáculo que tiene atractivos y despierta emociones que ningún otro tiene ni despierta. Lleven á un hotentote á oír «Los Hugonotes» de Meyerbeer, ó «El Melistófele» de Boito y saldrá á escape aturdido con el ruido, para él infernal, de tantos instrumentos y voces concertadas en armonías para nosotros grandiosas. Y vuelto á sus tolderías, contará el bárbaro á sus semejantes, la barbarie de los cristianos, que se deleitan en hacerse romper los tímpanos al ruido de violones, clarinetes, fagotes y trombones.

Pues igual cuentan de los toros los que de ellos entienden como los hotentotes de la música de Meyerbeer: — Vean ustedes cómo destripan á los caballos! véan cómo mortifican al toro con las banderillas! véan cómo lo inmolan á espadazos. Pero no paran mientes en cómo puso la vara el picador, ni cómo acudió el capeador al quite, ni cómo cambió el banderillero en la cabeza de la fiera al clavarle los alfileres, ni como pasó de muleta el diestro y se tiró en corto y por derecho ahondando hasta mojar los dedos en los rubios.

Cierto que mueren caballos en las corridas, pero cierto es también que el ultimarlos así, es aliviarlos de penas, porque de los pencos que al redondeal salen, el que no es perniquebrado, es manco de los encuentros, y el que no es manco tiene los lomos en llagas, y el que no es llagado está tan en los huesos, que envidiaría como suprema bienandanza las magruras de Rocinante. Y entre que mueran ignorados en una cuchilla desierta, estenuados por el muermo, ó desangrados por la garrapata, ó aniquilados por la flacura después de lenta y penosa agonía, vale más caigan despanzurrados por un toro, entre música y victorias, aplaudidos y compadecidos, como los gladiadores que sucumbían regando con su sangre las arenas del circo; como fué para Punteret más glorioso morir de una cor-

nada, que si hubiese muerto de un cólico ó de una fluxión de pecho, que todo pudo suceder aquella misma tarde, si «Cocinero» le yerra el puntazo, pues que para un desorden intestinal ó para un aire colado, no hay capote ni quiebro que valgan.

Que el espectáculo incite á la barbarie y despierte instintos sangrientos, es cosa que está por probarse todavía. Va para más de medio siglo que se lidian toros en Montevideo, y no ha habido ejemplo de que alguien haya asesinado á otro durante la corrida, en tanto que no pasa una semana ni una noche casi, en que no se hieran ó se maten los concurrentes á las llamadas Academias de baile, semilleros de crímenes, antros de vicios, escuelas de truhanerías, focos de escándalos, viveros en que crecen y se amaestran los que no tienen en la carrera de la vida otra meta que la cárcel para purgar sus delitos, ó el hospital para morir devorados por las llagas que laceran sus cuerpos corrompidos; y entre tanto no hay una voz que se levante para condenar, ni una energía que se manifieste, para extirpar ese cáncer social que entra hasta en los hogares honestos para inficionar jóvenes inespertos, inutilizándolos para el trabajo, y arrastrándolos á la perdición.

Ahí de las indignaciones y de los denuestos que contra las corridas de toros ahora estallan! Yo no sé de nadie que se haya corrompido ni barbarizado en la Plaza de la Unión, pero sé de muchos que se han encanallado y envilecido en las academias de baile de Montevideo, como sé de muchos que han perdido lo propio y lo ajeno, la dignidad y la vergüenza, en garitos que están fuera del alcance de la acción policial.

Prueba que la lidia de toros no es un espectáculo bárbaro, es que á él concurren, principalmente, las clases educadas de la sociedad. Para cada espectador en los tendidos de sol, hay diez en los de sombra; y no se diga que sea razón de que los que están en posición desahogada pueden costearse la diversión y no los obreros, porque en estos países, no hay nadie tan pobre á quien le falte un peso para malgastarlo el domingo en lo que mejor le acomode.

No es por falta de dinero que el pueblo trabajador no concurre á los toros, sino por falta de cultura para apreciar el espectáculo en sus múltiples atractivos; espectáculo en que todo es arte, desde el toro que se presenta en toda la soberbia de su fiereza, hasta los mínimos detalles de la lidia, el traje de los toreros, el colorido de las capas, la gracia de los movimientos, lo variado de las suertes, evi-

denciando en todos los lances la prepotencia del hombre sobre el bruto y la entereza con que expone la vida en cambio de un aplauso.

Bien está que se procure que los espectáculos públicos sirvan para morigerar las costumbres, concurren á cultivar el espíritu y propendan á moralizar las sociedades, pero bien está también, que los haya que contribuyan á virilizar los caracteres, y que enseñen á arriesgar la vida, hoy por lidiar un toro, mañana por vengar una ofensa, otro día por defender la honra y la integridad de la patria, familiarizando al hombre con la vista de la sangre, que ha sido y es hasta ahora la única sustancia con que se hace la mezcla para cimentar las instituciones y las nacionalidades.

Yo no le cedo un ápice á nadie en lo tocante á civilización, á hábitos de cultura, á temperancia de carácter y á moralidad de costumbres y entre tanto yo he sido y seré un asiduo concurrente á las corridas de toros y pongo en ellas toda mi atención, y sigo con interés todas las peripecias de la lidia, y me apasiono en ella con entusiasmo, sin que para nada se resienta mi delicadeza de hombre civilizado. Anhele como mi aspiración más íntima ir á visitar los Museos y las grandezas artísticas de Europa, pero no menor atractivo me ofrece la perspectiva de admirar las obras maestras de Murillo y de Velazquez, que la de ver una corrida de toros en Madrid, toreando las cuadrillas de «Frasuelo», de «Lagartijo» y de Mazzantini, pisando el redondel la flor de las ganaderías de Veraguas y de Miura, colmada la plaza de espectadores ataviados con los trajes pintorescos de majos y de manolas, de esas que echan fuego por los ojos y derraman sal por los labios.—Con la pálida idea que nuestras corridas dan de lo atrayente del espectáculo, yo me explico los entusiasmos y las emociones de todos los hombres de letras que han visitado la España, desde el romántico Gauthier hasta el bueno de De Amicis, que han dedicado muchas de sus más brillantes páginas á esa diversión que se quiere ahora calificar de bárbara, y que se condena en nombre de la civilización y de la moralidad que no se sienten ofendidas en lo más mínimo por el hecho de que á los hombres les guste lidiar y ver lidiar toros.

Hace pocos años, como cosa muy extraordinaria, se permitía en el Sur de Francia dar una ó dos corridas en las grandes fiestas pero con toros embolados, consistiendo todas las suertes en torearlos de capa y simular estoquearlos, marcando el sitio por donde debería haber entrado la espada, con una flor ó una moña clavada con un pequeño an-

zuelo. Hoy día se lidian ya toros de puntas en Cautteretes y en Nimes, ante millares de espectadores que victorean en francés á los toreros españoles. Se habla ya de dar cuatro ó cinco corridas de verdad en París durante la Exposición, y al efecto, se trata de construir allí una plaza que servirá después, dicen, para ejercicios ecuestres y juegos olímpicos, pero que en realidad se aprovechará para tener todos los años una temporada de «barbarie».

Hoy mismo, los yankees se van por barcadas de á millares á ver torear á Mazzantini en Méjico, y no está lejano el día en que lo llevarán á Nueva-York, aquellos «bárbaros» que han constituido la nación más floreciente del mundo.

Y cuando así cunde en razas extrañas la afición á los toros, es cuando nosotros, más pulcros y más cultos que todo el resto de la humanidad civilizada, vamos á abolir el espectáculo, enternecidos por la irreparable desgracia de la muerte de Punteret! Y ese tema es el que amenaza preocupar la atención de los legisladores durante tres ó cuatro sesiones, en un país donde no hay caminos ni puentes, donde el presupuesto absorbe las rentas dejando déficit, donde no hay colonias, en cuya legislación hay mil deficiencias, cuya administración no está todavía organizada, y en el que, en una palabra, casi todo está por hacerse!

Una ley para abolir un espectáculo! Es cuanto puede pedirse. Cualquiera, al saberlo, creará que hemos complementado tan minuciosamente nuestra legislación, que no teniendo ya en que aplicarla á las instituciones, la hacemos extensiva hasta á las costumbres. Vivimos en plena Grecia antigua, reglamentando administrativa y legislativamente nuestras fiestas. Mañana ó pasado nos han de obligar por ley á que comamos todos los ciudadanos en mesa redonda en la Plaza Independencia, á la espartana.

Se argumenta que las corridas de toros son motivo de escándalos y desórdenes, como los recientemente presenciados, en que el público arrojó un par de docenas de banquetas al redondel y estropeó el desvencijado maderamen de los palcos. Pero eso se ve en todas partes, en los principales teatros tenidos por más cultos y distinguidos. Yo he visto en Río Janeiro, en el teatro principal, estando presente el Emperador, silvar y vocear de la manera más estrepitosa, á un prestidigitador que lo hacía mal: y una vez que Don Pedro se retiró para no presenciar el escándalo, las butacas de la platea y las sillas de los palcos llovieron sobre el proscenio á centenares. El año pasado, en el teatro Colón de Buenos Aires, donde concurre el público más selecto de la sociedad porteña, he visto dar la más

espantosa silva, con pífaros y trompetas, y esto no por un momento, sino durante los cuatro actos de la ejecución de una ópera, en una sala llena de damas distinguidas y de hombres altamente colocados.

¿Y por eso han de abolirse las óperas y prohibirse las funciones de prestidigitación? Lo sucedido en el Circo de la Unión, es la repetición de lo que dejo narrado, acaecido en Río Janeiro y en Buenos Aires. El público arma escándalo cuando el espectáculo es malo. Haya buenos toros y buenas cuadrillas y habrá concurrencia numerosa y aplausos en vez de banquetazos, como hay aclamaciones para Massini y silvidos para los tenorinos de cuarto orden.

Pero los caballos ¡los pobres caballos! esas infelices víctimas sacrificadas á la saña de los cuernos! Y ¿qué dicen estos compadecidos, por los caballos corneados, de los caballos mortificados y estropeados para alimentar el interés de juego?

Es más triste la condición de un caballo de carrera que la de uno de esos mancarrones inservibles que antes de que lo sueñen siquiera, mueren despanzurrados de una cornada. Aquellos viven meses y meses mortificados por el cuidado, pesado el pienso por adarmes, tasada el agua por gotas, medido el sueño por minutos, fajados por cinchas que les oprimen el pecho y el vientre, traqueados diariamente en vareos vertiginosos, hasta el día de la carrera en que les rompen los flancos con las púas de las espuelas y les sangreñtan las verijas á latigazos y los azuzan hasta hacerles echar los putañones, cuando no tropiezan, y ruedan, matándose y matando al ginete como ha sucedido muchas veces. ¿Y todo esto, por qué? Por ganar unos pesos, por satisfacer la avaricia del interés, exponiendo la vida de bestias y de hombres, que si sucumben, antes que la compasión de nadie, llevan la maldición de los que arriesgan su dinero á las patas del corcel ó la habilidad del corredor.

Pero no hay que censurar nada de lo que á carreras atañe, porque eso viene de la civilizadora Inglaterra. Si viniera de España, ya sería otra cosa, y hasta inmoral se consideraría eso de mortificar animales para lucrar con apuestas. Pero una diversión que se llama «Sport», en que á los ginetes se les llama «Jockeys», en que á la pista se le dice «rings», en que al que da la señal se denomina «starter», y en que la proporcionalidad de peso que han de llevar los caballos un «handicap» ¡oh! eso es soberbio, magnífico, sorprendente! excelsior! como lo serían las corridas de toros si á los toreros se les llamase «bullfighters» y á los monjes sabios cualquier otra barbaridad por el estilo.

Porque como descendemos de españoles, y hablamos español, debemos repudiar todo lo que á español huelga. Torero! banderillero! muleta! quiebro... «shoking». Llenarse de tolondrones á puñetazos, hacer saltar un ojo, aplastar las narices de un «box». Sublime! Sublime! Tocar con la punta de la bota en la frente de la pareja en una pirueta de can-can! Bravo, bis! Todo eso es civilizado, moral, pulcro. Torear! Horror!

Y en tanto que un centenar de aficionados siguen con interesadas emociones las peripecias de una riña de gallos, descamisándose en favor del «batarás» ó del «canelo», la augusta Legislatura Nacional, llevando de porta-voz al más ocurrente y melindroso de sus miembros, fulmina los espectáculos taurinos en nombre de la civilización y de la moral, que permanecen imperturbables á la vista de la sangre derramada en un reñidero de gallos, pero que se espeluznan ante un caballo destripado ó ante un toro estoqueado por todo lo alto, sin duda porque la moralidad y la cultura de los espectáculos está en razón directa del tamaño de los animales que en ellos se mutilan. Según este principio ¡ira de Dios! qué sería si se lidiaran elefantes...!

Y esto, admitiendo la comparación entre una diversión y otra, que no la tienen, porque mientras las riñas de gallos solo llevan por objetivo la apuesta, el afán de ganar explotando la valentía de aquellos, en el toreo no hay más aliciente para el espectador que el que el valor despierta, la satisfacción del orgullo humano al ver la dominación del hombre sobre las fieras, que en absoluto son cien veces más fuertes que él, y aparte de esto, el carácter artístico de las suertes, como deben serlo por su origen, pues no fué en la plebe que nació la afición por el toreo, sino en la nobleza, y no entre la de los feudales semi bárbaros de la Edad Media, sino entre la nobleza más dada á los refinamientos del arte, como era la que dominaba en el Mediodía de España.

Se tolera y se aplaude en todas partes del mundo, en Londres, en París, en Nueva York, en Río Janeiro, en Buenos Aires, un espectáculo mucho más bárbaro que el de los toros, y sobre todo mucho más estúpido: el de domadores de fieras. Y no hay ley en parte ninguna del orbe que prohiba á un hombre ó á una mujer entrar en una jaula de leones, ó de tigres, ó de hienas y panteras, que el mejor de los días se almuerczan al domador ó se meriendan á la domadora de un bocado, mordiéndole la cabeza como quien muerde un durazno. Otro día se aplaude á un gandul que por toda gracia tiene la de hacer punte-

ría con un rifle á una naranja colocada sobre la cabeza de una niña, hasta que una noche en el momento de ajustar el arma, le pica al tirador un mosquito, ó se le para en la punta de la nariz una mosca, y sale la bala, y hace blanco en la frente de la infeliz criatura y todo concluye con enterrar á la muerta, ó irse por ahí el nuevo Guillermo Tell á lucir sus habilidades hasta cometer otro asesinato.

¿Y qué decir de los pobres chicuelos descoyuntados para hacer pruebas; y de los que se estrellan al caer de lo alto de un trapecio; y de los que mueren de una coz dada por el caballo más amaestrado del circo?

Pues todo eso es mucho más inhumano, más brutal, más inmoral que las corridas de toros; y más absurda que la muerte de Punteret, fué la del aeronaúta Baraille y la de todos los que se lanzan por los aires, y á nadie sin embargo, se le ha ocurrido hasta ahora que eso ha de prohibirse por leyes, porque son espectáculos que están en las costumbres de los pueblos y las leyes no pueden ir en contra de las costumbres, porque sería herir aficiones, contrariar gustos y cohibir expansiones que están en la índole de las colectividades.

No habrá corrida de toros el día que nadie vaya á ellas, porque son los pueblos mismos los que se encargan de abolir sus costumbres cuando éstas quedan fuera del carril de su progreso.

Pero con los toros ha de suceder todo lo contrario, pues vemos que lejos de ir en decadencia, ganan terreno todos los días, y yo tengo por seguro que no ha de concluir el presente siglo sin que se toree en todo lo que hay de mundo civilizado y artístico, y me fundo para creerlo así en el innegable entusiasmo con que los extraños á la raza española se aficionan al espectáculo. Hubiera toreros franceses ó ingleses, y no habría mejores circos de toros en parte ninguna que en París ó Londres, pues si no ha entrado por completo el espectáculo en la afición de aquellos pueblos, es porque tan rebeldes como son todos para aceptar la implantación de extraños, lo son para admitir extrañas costumbres, cuya invasión llega á ser como una dominación.

Pobre Punteret! Nunca soñarías tú que habías de ocupar á toda una Asamblea Legislativa, y á servir de carozo de una ley prohibitiva de las corridas de toros.

Si en las alturas á que el cuerno de *Cocinero* te echó, conservas aún tu personalidad torera, dedica un recuerdo á los que llevaron tu nombre al augusto recinto de las leyes, y particularizándote con mi amigo el doctor don Carlos María Ramírez, que fué quien rompió plaza en la

corrida de la abolición, sácate la montera y con permiso del Padre Eterno, diríjele al diputado mocionante tu brindis de ultratumba!

— Señor de Ramírez. Brindo por Usía, y por su amable compañía, y por toos los forasteros; vaya por don Nicolás Granada!

Y á falta de cosa mejor, que no la merece, hunde un golletazo por todo lo bajo, en ese proyecto de ley, que debió ser sacado por los mansos desde que pisó el redondel legislativo.

Una ley por una cornada!

Cómo estarán de orgullosos los toros de Victoria al saber el alto honor que ha merecido la ganadería á que pertenecen!

Yo los veo reunidos en conciliábulo en el rodeo, muy orondos, pensando como las lagartijas:

Valemos mucho por más que digan!

Montevideo, Marzo 15 de 1888.

Sansón Carrasco.

